

Casa-misión de Vich, me pidió le acompañase á visitar el Santísimo Sacramento en la estación de las Cuarenta Horas, que estaban entonces en la iglesia de Santo Domingo; accedí gustoso en acompañarle, como lo hacía casi todas las veces que salía de casa durante la temporada que estuvo en aquella ciudad. Habiendo entrado en la iglesia, se arrodilló en el presbiterio, y yo junto á él sobre el pavimento, pues no sabiendo su visita no había puesto el sacristán ni silla ni estrado. Estuvimos orando como una media hora. Al salir de la iglesia, con aire gozoso me dijo al oído: "He salido de mis dudas. Jesucristo, desde el Santísimo Sacramento del altar, se ha dignado decirme que había de ir á Roma." En sus notas reservadas hallé apuntado el mismo favor extraordinario, con estas breves y sencillísimas palabras: "El día 14 de Agosto de 1865, hallándome á las nueve y media de la mañana en la iglesia de Santo Domingo, de Vich, donde estaba la estación de las Cuarenta Horas, y adonde fui á visitar al Señor, me dijo Él desde el Santísimo Sacramento del altar:—Irás á Roma." En esta nota no pone la palabra *Antonio*; pero recuerdo bien que me la dijo al comunicarme confidencialmente tan extraordinario favor (1)."

Á las repetidas instancias de la Reina para que volviera á su lado nada había respondido el Siervo de Dios, hasta que resuelto por divina inspiración en lo que había de hacer, notificó á S. M. que no volvería á la corte sin que primero lo consultase con el mismo Sumo Pontífice. Ya veremos la buena maña que se dió la Reina para que éste le obligara á ello. El Siervo de Dios, por su parte, desde el 14 de Agosto en que el Señor le iluminó, ya no pensó sino en señalar el día de emprender su viaje á Roma; mas antes, por consejo de los Misioneros y de otras personas ilustradas y virtuosas, procuró reforzarse, y dejó pasar el tiempo del calor, que entonces le era muy perjudicial.

8. Celebróse en aquel año, con particular júbilo de sus Hijos los Misioneros del Inmaculado Corazón de María, la fiesta titular de su Congregación, por hallarse entre ellos su querido y amado Padre Fundador; el cual, á pesar de su poca salud, quiso darles el gusto de celebrar de pontifical. "Para

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

el canto, — escribe uno de los testigos presenciales, — se escogió una Misa de marcado sabor religioso, y dijo las glorias del Inmaculado Corazón de María el Rdo. P. Pablo Vallier, entonces maestro de Novicios."

Durante los dos meses, poco menos, que el Siervo de Dios estuvo con sus Misioneros de Vich, tuvieron éstos el inefable consuelo de comunicar con él las cosas de sus almas, y muchos de ellos fueron testigos del don de discernimiento de espíritus y de profecía con que el Señor le había agraciado. El amable Padre Clotet escribe de sí que al presentarse al santo Arzobispo no le dió éste lugar á manifestarle cosa alguna de su interior, sino que le dijo sencillamente: "Use Ud. de tal y tal práctica y aprovechará en la virtud." "Y con toda seguridad puedo afirmar, — me decía un día el P. Clotet, — que cuando he sido fiel en el uso del consejo que me dió, he conocido mi provecho espiritual; y, por el contrario, cuando he querido usar de otras prácticas, por más que útiles á muchísimos y recomendadas por los directores de espíritu, he adelantado menos."

Recuerdo también que, estudiando yo Teología en nuestro Colegio de Santo Domingo de la Calzada, en una de aquellas admirables conferencias de ascética que nos daba el reverendo P. Vallier, á la sazón nuestro Prefecto, y persona en quien todos reconocen un espíritu muy prudente é iluminado é iluminado del cielo, nos decía, entre otras cosas, que cuando en la época de que estamos hablando se presentó él á nuestro venerable Fundador, éste le descubrió todo su espíritu antes de que él le manifestara cosa alguna, y le profetizó dos cosas tocantes á su espíritu que era humanamente imposible adivinar, y de las cuales una se había ya cumplido puntualmente como lo había predicho, y que esperaba que la otra se cumpliría del mismo modo cuando llegase la ocasión. El mismo P. Vallier, en una carta fechada en Santiago de Chile el 25 de Mayo de 1881, dejó anotado que el santo Arzobispo, en los ejercicios espirituales que en esta ocasión dió al clero en nuestra iglesia de la Merced, anunció que no entraría por aquella vez el cólera morbo en la ciudad de Vich, y así que no se distrajeran con ese pensamiento ó temor, lo cual se cumplió á la letra, siendo así que el cólera estaba ya entonces en las poblaciones cercanas á la ciudad.

Otros tres anuncios proféticos hizo aún en aquellos días el

Siervo de Dios, y que refiere el Rdo. P. Clotet en sus Memorias. "Fué,— dice,— el primero que estando los Padres Misioneros reunidos un día en la sala del primer piso de la Casa-misión, llamada sala de conferencias por tener en ella nuestras conferencias de Moral, ó sala de reunión por reunirnos en ella en las horas de recreo después del mediodía, uno de los nuestros habló de Napoleón III, Emperador de Francia. Estaba con nosotros el Sr. Arzobispo; él nunca hablaba de política, y nosotros raras veces; mas aquel día, no sé por qué motivo, se habló en aquél recreo de la preponderancia de Napoleón III. El Sr. Claret escuchó silencioso, y á los pocos instantes dijo con cierto tono de seguridad: "Napoleón III ha subido mucho y aún subirá más; pero tendrá una caída humillante." Mucho me fijé yo en estas palabras; y cuando en 1870 Napoleón perdió la libertad y el Imperio, se me refrescó la memoria de este anuncio, hecho cinco años antes por nuestro venerable P. Fundador.

„El segundo pronóstico fué que, estando un día en la sala de los claustros de aquella misma Casa-misión en una hora de recreo que teníamos allí por causa del calor, alguno de nuestros Padres hizo caer su conversación sobre el reinado de Doña Isabel II: preguntóle luego qué le parecía á él, y respondió: "que perdería la corona, porque veía la revolución que iba „acercándose y ésta se la arrancaría de sus sienas,; lo cual se realizó á los tres años.

„El tercer anuncio profético fué que dándonos los santos ejercicios, que comenzaron el 27 de Agosto, en una de las pláticas habló del porvenir de la Congregación. No recuerdo bien sobre qué versaba el asunto de la plática; pero paréceme á mí que era de la necesidad que teníamos de estar revestidos de un espíritu verdaderamente apostólico; lo que puedo asegurar es que, en medio del discurso, mudando de voz y de tono, nos dijo que vendría una revolución y que en ella *la Congregación sería sellada con la sangre de algún mártir, y que después de esto la Congregación se extendería por todo el mundo* (1).„ El anuncio se cumplió, como veremos, exactamente en sus dos partes.

9. Terminado ya á fines de Septiembre el período más

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

caluroso, y repuesto el Siervo de Dios algún tanto de la debilidad de sus fuerzas, se dispuso á emprender el viaje para Roma; mas antes fuéle menester condescender con los ardientes deseos de muchos seminaristas que estaban para ordenarse, y juntaron sus súplicas á las del Vicario Capitular para que fuera el Siervo de Dios quien les impusiera las manos. Los ordenandos fueron en número de 50: seis para tonsura y menores; tres para el subdiaconado; 24 para el diaconado y 17 para el presbiterado. Nuestra iglesia de la Merced fué la señalada para tan importante ceremonia, á la que daba extraordinario realce la majestad y unción con que el Siervo de Dios pronunciaba las oraciones y la exactitud con que cumplía todas las prescripciones del ceremonial. Acaeció esto el 23 de Septiembre, y el 25, después de haber celebrado el día precedente en nuestra Casa é iglesia la grande festividad de Nuestra Señora de las Mercedes, se despidió de la Comunidad, la cual le vió partir con sentimiento, pareciéndoles á todos muy cortos los días en que pudieron disfrutar de su dulce y amable compañía. "Los que tuvimos la dicha,— escribe el autor de las Memorias,— de estar con él al visitar aquella Casa, percibimos todavía el aroma de sus nobilísimos ejemplos, los cuales nos recuerdan el aposento en donde estaba, el gabinete donde trabajaba, el refectorio donde comía juntamente con nosotros, la iglesia donde celebraba y aun el lugar donde se ponía al visitar á Jesús Sacramentado en su propia capilla (1).„

El *Eco de la Montaña*, en nombre de toda la ciudad, dió desde sus columnas un cariñoso despido al virtuoso Prelado y anunció su salida en las siguientes términos: "Jueves 28 de Septiembre de 1865.—El lunes último salió de esta ciudad en el primer tren del ferrocarril de Granollers el Excmo. Sr. Arzobispo D. Antonio María Claret, habiendo dejado en esta ciudad, como siempre que la ha visitado, inapreciables y edificantes testimonios de su piedad y celo reconocidos. ¿Quién puede haber negado al sencillo, pero venerable Prelado, el celo y la virtud? Solamente los que no le conocen (2).„

Trasladado á nuestra Casa-misión de Gracia, dió los ejer-

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

(2) *Eco de la Montaña*, núm. 262.

cicios espirituales á la Comunidad, con grande satisfacción de nuestros Padres y Hermanos. El P. Juan Puig especialmente, que aun hoy día vive, consideró su venida como providencial, pues se hallaba el pobre con una gran tribulación de espíritu, de la que le libró el Siervo de Dios con sus palabras consoladoras. En una de las pláticas de los ejercicios repitió el anuncio profético hecho á los Misioneros de Vich tocante á que la Congregación sería pronto sellada con la sangre de algún mártir y que desde entonces comenzaría á extenderse por todo el mundo. En la capital de Cataluña dió también ejercicios á varias Congregaciones y clases de personas, pues ya era bien sabido que el P. Claret no estaba en ninguna parte por recreo, sino que por dondequiera que pasaba aprovechaba todos los instantes para trabajar por la gloria de Dios en beneficio de las almas.

Creo que debió verificarse en esta ocasión el hecho extraordinario que refiere uno de nuestros Padres, y pasó de esta manera. "Una piadosa mujer llamada Catalina, natural de San Ginés de Horta, que se confesaba con el P. Agustín Manubéns, de nuestra Congregación, el cual en 1865 residía con el cargo de ministro en la Casa-misión de Gracia, declaró á su confesor que padecía una molesta enfermedad muy difícil de curarse, ó mejor incurable. "Precisamente en esta ocasión, —le dijo el P. Manubéns,— el Sr. Arzobispo Claret se halla en „ Casa, y no haría Ud. mal en decírselo; y si Ud. quiere, yo iré „ á llamarle y podrá Ud. hablar con él en la portería. Mas ya ve „ usted que hay mucha gente que quiere confesarse; aguarde „ usted que los despache y luego subiré á llamar á S. E. „

„Viendo Catalina que el Padre tardaba en levantarse del confesonario, se fué á la portería, que está al lado de la iglesia; mas cuál no sería su sorpresa cuando el portero, antes que ella manifestase el objeto de su visita, le preguntó si era la que llamaba al Sr. Arzobispo Claret. "Á él quisiera ver,—respondió ella. — Pues en el recibimiento la está aguardando á Ud.,—replicó el Hermano. „

Entró medio asustada la buena mujer, y cuando el Siervo de Dios le preguntó qué se le ofrecía, "no sé si sabré explicarme,—respondió,— porque no sé cómo se habla con Obispos. „ El Sr. Claret le dijo con dulzura al ver su sencillez: "¿No habla Ud. con otras personas? — Sí, señor. — Pues hábleme

usted como si yo no fuera Obispo. „ Catalina le explicó entonces la enfermedad que la molestaba; pero el Sr. Arzobispo sólo le respondió con estas breves palabras: "Tome Ud. los remedios que el médico le diga, comulgue con frecuencia, encomiéndelo á María Santísima y no tema. „ La buena mujer se despidió como supo del Siervo de Dios, entró segunda vez en la iglesia para decir á su confesor que había visto al Sr. Arzobispo, y halló que el P. Manubéns aún no se había levantado del confesonario; pero lo más maravilloso fué que desde aquel mismo instante sintió que su enfermedad había desaparecido por completo y ya no tornó más á molestarla.

10. Cerca de un mes se detuvo en Barcelona el Siervo de Dios, y el 23 de Octubre partió para Roma acompañado del Rmo. P. Superior General de nuestro Instituto. Llegó á la capital del orbe cristiano el 4 de Noviembre, y el 6 fué recibido ya en audiencia por el Papa, que, como se ha visto en varios documentos publicados en esta VIDA, le apreciaba en lo mucho que valía. Por lo que el Siervo de Dios dijo confidencialmente al Sr. Marqués del Arco, sabemos la curiosa coincidencia de que al entrar en el despacho del Papa le dijo Su Santidad: "En este momento recibo carta de la Reina de España, pidiéndome que vuelva Ud. de confesor suyo. „ El P. Claret dió cuenta al Sumo Pontífice del estado de la cosa pública en España, de su influencia y de sus trabajos en la corte, de los motivos por que la había dejado y de sus deseos de no volver más á ella, si bien terminó poniéndose en esto como en todo lo demás á las órdenes del Padre Santo.

Pío IX, como era de esperar, le escuchó con mucha benevolencia, mas no se atrevió por de pronto á resolver en negocio tan grave sin pedir antes el parecer del Sr. Nuncio apostólico en Madrid y de varios otros Prelados de España, y así hizo que el Siervo de Dios descansase en Roma por algún tiempo mientras iban y venían las consultas. Cosa de tres semanas estuvo el P. Claret con esta ocasión en la Ciudad Eterna, hospedado en el convento de Padres Mercenarios en San Adrián, hasta que el Papa le pasó aviso para que fuera al Vaticano, y en esta segunda audiencia le manifestó que en vista de que el Nuncio y los demás Obispos á quienes se había consultado opinaban unánimemente que para el bien de la Iglesia convenía que el Sr. Claret tornase á des-

empeñar su cargo de confesor de la Reina, y después de pesar bien todas las circunstancias, le ordenaba volver al lado de su Majestad, para lo cual le dió algunas instrucciones y todas las facultades necesarias para facilitarle el desempeño de tan espinoso cargo.

El Siervo de Dios bajó la cabeza y se dispuso á regresar á la corte como oveja al matadero, pues conocía muy bien que después del chasco dado á los *liberales* con su declaración, y de la persuasión de éstos de que el fantasma del P. Claret no volvería á molestarlos más en la corte, cuando le viesen de nuevo en ella se ensañarían contra él con mayor encarnizamiento que antes; pero ante la voluntad de Dios, claramente manifestada por su Vicario en la tierra, no vaciló un solo instante, y el día 27 de Noviembre salió de Roma para la Península. Llegado á Barcelona el 2 de Diciembre, se hospedó en nuestra Casa-misión de Gracia, y allí, conforme á las instrucciones recibidas, estuvo esperando las órdenes del Sr. Nuncio apostólico, ocupándose entretanto, como solía, en los ejercicios del ministerio.

El 17 de Diciembre recibió una carta del Sr. Nuncio en que le mandaba volver al lado de la Real penitente, y el 21 se puso en camino para Madrid, adonde llegó el día siguiente acompañado de uno de nuestros Padres que le hacía las veces de capellán. Los periódicos, desdeñados, apenas dieron cuenta de la vuelta del Siervo de Dios á la corte, y los que lo hicieron fué con mal disimulado despecho, como *El Español*, ó con extraordinaria frialdad, como el *Diario de Barcelona*, ó con marcado sentimiento, como *La Democracia*, que escribía en estos términos: "¿En qué se conoce que el P. Claret se acerca á La Granja? En una cosa muy sencilla: en que el Sr. Posada Herrera se encuentra dándose golpes de pecho y entonando un *Señor, pequé*, por las palabras dichas en el Congreso sobre el Catolicismo."

De Madrid pasó el Siervo de Dios á El Pardo, en donde se hallaban los Reyes, los cuales no se atrevían á volver á su corte por temor de la estrepitosa silba, de antemano preparada. Las palabras del P. Claret se habían cumplido: lejos de calmarse la revolución con el reconocimiento del Reino de Italia, se había embravecido y cobrado nuevos alientos y furores que no tardaron en estallar. Arribado á su destino el santo Prela-

do, escribió á fines de Diciembre una carta al Secretario de Estado de Su Santidad para notificarle el cumplimiento de las disposiciones del Padre Santo. Decía así: "Muy señor mío de toda mi consideración y aprecio: con la presente me cabe la satisfacción de decir á V. E. que el día 27 de Noviembre salimos de Roma, y el día 2 del presente mes llegamos á Barcelona. Á mi arribo escribí al Sr. Nuncio poniéndome á sus órdenes, diciéndole que yo no me movería de Cataluña hasta que la Reina hubiese cumplido las disposiciones de Su Santidad y él me dijese que pasara á Madrid.

"En efecto, el día 17 de Diciembre me escribió en estos términos: ha llegado la ocasión de volver á ejercitar su cargo cerca de la Reina; por consiguiente, estoy seguro que Ud. inmediatamente emprenderá su viaje para Madrid. En virtud de esta obediencia me puse en camino y llegué á Madrid el día 22. Espero de la amabilidad de vuestra Eminentísima se dignará poner estas noticias en conocimiento del Padre Santo á fin de que sepa que he cumplido cuanto se dignó disponer."

Por esta carta se comprende que Pío IX puso algunas condiciones á la Reina para absolverla de las censuras en que había incurrido á causa del reconocimiento del Reino de Italia y para que su confesor volviera á su lado; pero los malévolos tomaron de aquí pretexto para urdir la calumnia más tonta é infame, cual fué la de que trajo de Roma una Bula autorizando á la Reina para pecar. Claro es que impostura tan burda sólo podían tragarla los rematadamente locos, pero prueba hasta qué punto llegaba el despecho de los que se vieron burlados al ver nuevamente al P. Claret al lado de la Reina. Ciertamente que nunca más que entonces fué la corte para el Siervo de Dios un verdadero calvario, pero nunca como en aquella ocasión pareció tan agigantada la figura del P. Claret como al volver, por respeto á la Cabeza visible de la Iglesia, á presenciar las agonías de la Monarquía doctrinaria y consolar á sus desgraciados representantes, constituyéndose en blanco de las iras revolucionarias y del amargo celo de algunos católicos, á quienes podía aplicarse lo que dijo Jesucristo á los que le pedían hiciera bajar fuego del cielo para abrasar á los moradores de Samaria: *Nescitis cujus spiritus estis*. "No sabéis qué espíritu os domina."

Mas ¿qué impresión podían causar en el Siervo de Dios los

juicios de los hombres, cuando estaba seguro que el Señor aprobaba su conducta y su Vicario en la tierra elogiaba su celo con palabras poco comunes en los labios de un Pontífice, y nada menos que en un documento reservado, en donde habla el corazón y no la urbanidad ó cortesía? Este documento fué una carta que Pío IX dirigió á la Reina á los pocos días de haber vuelto el Sr. Arzobispo á su lado. Véase el lenguaje que usaba el Padre común de los fieles con la pobre Isabel II y los elogios que hace del P. Claret, y compárese, así lo uno como lo otro, con la hiel derramada por algunos espíritus extremados y con lo que de entrambos dijeron sus enemigos. El autógrafa de la carta que voy á copiar se conserva en el archivo de nuestra Casa-misión de Vich; está la carta escrita en italiano, y traducida á nuestra lengua dice así: "Majestad. Háseme entregado por el nuevo Embajador de V. M. su eminentísima carta, y no quiero diferir un momento la respuesta, no sólo para acusarle recibo de ella, sino también y mucho más para agradecerle los sentimientos verdaderamente filiales en ella contenidos, y asimismo para manifestarle mi consuelo al leer las palabras que V. M. ha pronunciado en el discurso de la Corona relativas á esta Santa Sede. Sí, Majestad, yo le doy las gracias; y en cuanto yo no puedo aprobar el reconocimiento del llamado Reino de Italia, en tanto repito á V. M. lo que le escribí otra vez, á saber: que compadezco muchísimo á V. M. en las circunstancias y posición en que se halla.

"Vi á Monseñor Claret y reconocí en él un digno eclesiástico, un hombre todo de Dios, y aunque ajeno á la política, harto conoce, sin embargo, la destemplanza de la misma política y la malicia de los hombres que son católicos de solo nombre.

"Con el afecto de mi corazón doy la bendición apostólica á V. M., á S. M. el Rey, al Príncipe de Asturias, á los demás hijos de V. M. y á toda la católica España. — Dado en el Vaticano el 2 de Enero de 1866. — Pío, Papa IX."

Á este hombre, todo de Dios, le veremos en el siguiente capítulo dando claras muestras de sí y del poco caso que hacía de los acontecimientos humanos, reconcentrándolo todo su afán en salvar las almas y llevarlas al cielo para que eternamente glorifiquen al Señor.



CAPÍTULO XIII

CÓMO EL SIERVO DE DIOS SIGUIÓ TRABAJANDO, Á PESAR DE SUS ACHAQUES, HASTA LA REVOLUCIÓN DEL 68

1. Achaques del Siervo de Dios.—2. Sus apostólicos trabajos en Madrid y en San Sebastián.—3. Cómo predicaba en los últimos años de su vida.—4. Edificantes ejemplos que dió en San Sebastián.—5. Sus predicaciones en Vitoria.—Juicio del Canónigo Magistral D. Vicente de Manterola.—6. Predicaciones en el Real Monasterio de las Huelgas de Burgos.—Viaje á Lisboa.—Celo ardiente que desplegó en Badajoz.—7. Entrega de la *Rosa de oro*.—8. El P. Claret y la Monarquía: visión.—Anuncios de la revolución.—9. Previene contra ella á sus Hijos los Misioneros del Corazón de María.—Consigue á éstos la exención del servicio militar.—10. Últimos trabajos antes de la revolución en *La Granja*, Lequeitio y San Sebastián.

1. Había el Señor conservado milagrosamente las fuerzas al P. Claret durante casi toda su carrera apostólica; pero en el año 1865 permitióle ciertos achaques, mensajeros de su próxima muerte, para que cada día fuera disponiéndose con mayor fervor para ella, y dejó que los rudos trabajos emprendidos por la divina gloria y la salvación de las almas obraran sus naturales efectos en la flaca naturaleza del cuerpo, tanto más cuanto que el santo Arzobispo había llegado ya á muy alta perfección y unión con Dios, especialmente desde que, por la continua presencia sacramental de Jesucristo en su pecho, se había trocado éste en un tabernáculo viviente en donde él ofrecía no interrumpidas adoraciones á su divina Majestad, y así, como maduro para el cielo, el Señor, que quería premiar sus muchos merecimientos, le envió esos achaques que acabaron de disponerle y purificarle de las más ligeras imperfecciones.

En la temporada que el Siervo de Dios estuvo en nuestra Casa-misión de Vich de paso para Roma, observaron los Padres de ella que había disminuído en gran parte su vigor natural, aunque predicando apenas se le conocía. En Junio de 1866, conociendo que se iba acercando el fin de su destierro, decía